

Los Incorpóreos 1

EL MUNDO DE LAS SOMBRAS

Prefacio

—Sí, le contaré lo que pasó —dice la mujer.

Los dos hombres se sientan entonces sobre unas modestas sillas de plástico blanco que han traído al caluroso salón. De los dos, uno es de piel morena y labios gruesos. Se quita el jersey y se queda en camisa de manga corta, inapropiada para los fríos remolinos de aire que se levantan en esa época del año. Se sienta con la familiaridad de quien lo ha hecho miles de veces antes en esa misma silla, que emite una ligera queja bajo su peso. El otro hombre usa unas gafas redondas de montura metálica. Lleva un jersey de lana gris oscuro, de cuello cisne, que le adelgaza aún más. Tiene el rostro alargado, y una nariz prominente. Diminutas perlas brillantes de sudor aparecen en la línea de nacimiento de su cabello, pero él no parece darse cuenta. Se sienta en el borde mismo de la silla, con la espalda lejos del respaldo, y descuelga de su hombro una panzuda y desgastada cartera de cuero marrón. La apoya junto a sus piernas, abre el cierre metálico, levanta la larga solapa y saca un cuaderno de tapas negras cerrado con

una goma. A continuación, coge un bolígrafo barato de tinta azul y abre el cuaderno.

Frente a los dos hombres, hay un viejo sofá, cubierto con una tela ocre de grandes flores blancas. El sofá da la espalda a la única ventana del salón; a su izquierda, un sobrio y pesado aparador, cubierto por docenas de pequeñas fotografías con distintos marcos. A la derecha del sofá, está el anticuado y desproporcionado aparato de televisión. Aunque no se ve desde las sillas que ocupan los dos hombres, la ventana da a un enjambre de abigarrados edificios de viviendas que abundan a las afueras de la ciudad, en los cinturones obreros.

Pero la atención del hombre de gafas se centra en la mujer sentada en el sofá. Está vestida con una bata celeste que mantiene cerrada desde el cuello hasta debajo de las rodillas, que ha doblado para sentarse sobre sus pies, como si tuviera frío, pese a que la habitación está demasiado caldeada.

—Cuando quieras —pide el hombre de piel morena a la mujer.

La mujer vuelve a cerrarse la bata sobre el pecho, dobla un poco más las rodillas y se prepara para hablar. Las zapatillas de felpa de color violeta están perfectamente alineadas a los pies del sofá. El hombre de gafas aprieta con fuerza el bolígrafo; es zurdo. Inclina un poco la cabeza hacia delante. Ese gesto desata el último nudo de recelo de la mujer, que comienza a hablar:

—Llevaba tres días en coma. Ocurrió justo antes de que rompiera el alba, cuando los que apenas podemos resistir decidimos abandonar toda esperanza. Sufrí una parada cardiorrespiratoria —deletrea la palabra despacio, con cierta dificultad—. Bueno, creo que es así

como se dice. Los médicos me reanimaron enseguida, de forma que apenas sufrí secuelas. Después le dijeron a mi marido que fue un minuto y medio el tiempo que estuve... *fuera*.

El hombre de gafas toma notas rápidamente, ante la mirada atenta del otro. Más de la mitad del cuaderno tiene las hojas ya garabateadas, manoseadas, con las esquinas sobadas, de tanto ir hacia delante y hacia atrás buscando anotaciones. El hombre de piel morena se recuesta sobre el respaldo de la silla. Ha escuchado a la mujer varias veces contar la historia y siempre ha tenido que obligarse a ocultar la media sonrisa con que la recibe, porque no acaba de creérselo. Sin embargo, una semana atrás, en una cena multitudinaria, alguien comenzó a hablar de la gente que, a punto de morir, ha tenido visiones de túneles de luz en estados de ingravidez y extrema consciencia del yo. Él recordó el relato de la mujer y lo expuso en voz alta, atrayendo toda la atención, especialmente la de uno de los invitados que él no conocía. Cuando la cena concluyó, el desconocido se le acercó y le rogó que arreglara una cita con la mujer para escuchar la historia de su propia boca. Le dijo que estaba investigando sobre este tema. Así que, tras varias llamadas telefónicas a la mujer, aquí están.

—He leído mucho sobre otras ECM —continúa ella—, experiencias cercanas a la muerte. Y quiero dejar claro que no juzgo las teorías que intentan explicarlas. Si es o no es un recurso de la mente humana, o un tipo de hormonas liberadas para facilitar el tránsito a la otra vida, me da igual. Si es el momento exacto en el que Dios nos abre los brazos para acogernos en su seno, también me parece bien. Yo sólo quiero contar lo que

me ocurrió a mí. Lo que vi. No quiero discusiones con los médicos acerca de si fue real o no. Quiero decir que para mí sí lo fue. Si no, de qué otro modo se puede explicar que lo recordara todo al salir del coma. Que repitiera palabra por palabra lo que hablaron los médicos y las enfermeras mientras me reanimaban. A ver, que me digan cómo pude hacerlo. No pueden, ¿verdad? Y ¿sabe por qué no pueden? Porque no tienen la respuesta para todo. Al menos, no la tienen para lo que me pasó a mí.

El hombre de gafas asiente y hace un gesto con la mano pidiéndole que prosiga.

—Lo primero que sentí fue que estaba flotando en medio de la habitación de la UCI en la que me encontraba. Podía verme a mí misma tumbada en la cama, veía los monitores, los cables que salían de mi cuerpo, lo vi todo con absoluta claridad, desde arriba. De hecho, recuerdo que mi cuerpo, allá abajo, pintaba mal y yo me dije «te estás muriendo». Con la mayor tranquilidad, pensé que aquello era todo, que hasta allí había llegado. Pero no estaba asustada. Recuerdo un sonido estridente y una luz que parpadeaba en uno de los monitores. Incluso vi cómo se abría la puerta y entraban a la carrera dos enfermeras, una morena de pelo corto y otra rubia con una coleta. La rubia se quedó conmigo, la morena salió a escape, supongo que a buscar ayuda. Yo estaba tranquila, veía todo ese jaleo justo debajo de mis narices y no tenía ningún tipo de miedo. No señor. Me encontraba muy serena, porque sentía que mi auténtico yo era ese que estaba flotando, y no el cuerpo vacío que se había quedado en la cama. No sé si me explico bien.

El hombre de gafas vuelve a asentir y hace otro gesto impaciente con la mano del bolígrafo.

—Entonces, de pronto, la habitación se ilumina fuertemente, como cuando te hacen una fotografía y el flash te ciega un momento. Alrededor todo se vuelve blanco por la luz, la más bonita y blanca que había visto en mi vida. Era como una luz blanda, si me permite la expresión. Blanda y suave. Luego me doy cuenta de que estoy en movimiento, hacia algún punto. Sí, he oído muchas veces lo del túnel, pero, sinceramente, yo no sabría decir si aquello era un túnel o una autopista, porque lo único que percibía era la luz intensa. Simplemente, sé que me estoy moviendo, como si alguien me llevara suavemente en sus manos. De la misma forma, sé después que estoy llegando adonde fuera que tenía que llegar, lo percibo, pero no con mis ojos, sino por dentro. Ahora la luz es más suave, puedo ver con más nitidez y descubro que el sitio al que me dirijo es como una pradera blanca, donde hay muchas figuras diminutas de luz, muchísimas, todas muy brillantes. Y sé, no me pregunte de qué forma, que me están esperando para darme la bienvenida. A mí y a los que tengo alrededor. Porque puedo ver otras formas que se desplazan como yo hacia aquel sitio, otras almas que acaban de dejar atrás la vida, no me cabe la menor duda. No puedo describirle las formas de los otros porque no las veo con los ojos, sólo las siento. ¿Usted ha visto alguna vez la electricidad? No, ¿verdad? Y sin embargo la siente. Siente la luz que crea, sentiría una descarga eléctrica si metiera los dedos en un enchufe, ¿no es así? Pero sigue sin poder ver la electricidad. Pues esto era algo parecido. No estaba mirando con los ojos, en ningún

momento mis ojos recibieron ninguna señal que transmitir a mi cerebro, básicamente porque mi cerebro se estaba muriendo, junto al resto de mi cuerpo, en una camilla de la UCI, en otra dimensión alejada de donde me encontraba.

La mujer se detiene. Coge un pequeño vaso de agua de la mesa rectangular que está situada junto al brazo del sofá. Bebe un trago diminuto y deposita el vaso en la mesita. Ninguno de los hombres se mueve. Luego ella continúa:

—La otra cosa que he oído siempre a otras personas sobre experiencias como la mía es que sienten una sensación de felicidad, de plenitud, cuando llegan a aquel sitio. Es así, lo testifico. Supongo que el símil más adecuado es, pese a las limitaciones de nuestros sentidos, como cuando te mueres de sed y bebes los primeros tragos de un vaso de agua, o te estás congelando y entras en una habitación caldeada, o te estás haciendo pis y... bueno, no es necesario que siga, ¿no? Ya se hace una idea. Algo así como: por fin, lo he hecho, lo he logrado, ya he llegado a la meta. Y mucho amor. Calor, amor, paz. Las cosas buenas que se supone que existen en esta vida estaban todas allí. Esperándonos a los que estábamos a punto de entrar, si es que aquello era una entrada.

»El caso es que de pronto algo se torció, cambió de rumbo, o me atrapó, no sabría decirlo. Noté cómo tiraban de mí hacia atrás, como si una mano gigante se hubiera metido en mis entrañas, de haber tenido un cuerpo físico, y me arrastrara hacia atrás, alejándome de aquel maravilloso sitio y aquellas esferas luminosas. Como si tiraran de mí con un imán, simplemente

abandoné aquel sitio. Yo no quería irme de allí, intentaba revolverme, luchar o gritar, pero era imposible. Continué desandando el camino y noté cómo las figuras de luz se despedían de mí, sin palabras, sin sonidos, sólo quedó la sensación de pérdida. Y yo dejé de intentar zafarme. Comprendí que no tenía sentido porque no era mi momento todavía, de alguna forma lo supe tan cierto como que estamos aquí sentados. Y en mitad de ese trayecto de vuelta, ocurrió aquello por lo que ha venido hasta aquí, supongo. Fue entonces cuando las vi.

La mujer hace una pausa para volver a beber agua. Tiene un barniz apenas perceptible de sudor sobre el labio y las sienes. El hombre de gafas está tan inclinado hacia delante en su silla que en cualquier momento puede perder el equilibrio. Tras prolongar la agonía de la espera por unos segundos más, la mujer continúa:

—Me di cuenta de que, en mi regreso, no estaba sola. Me rodeaban otros seres, pero no eran como yo, no eran almas o lo que yo fuera en aquel momento, sino que eran... escalofrantes, como *manchas*. Se movían como pequeñas sombras, claramente visibles en medio de aquella luz blanca tan fuerte. Pequeños agujeros negros que atrapaban la luz en su interior y la devoraban. E iban en el mismo sentido que yo, es decir, alejándose del paraíso, en dirección a la vida. Flotaban también, pero de otra manera, más intencionada, más precisa, de aquí para allá, con un movimiento frenético, me rodeaban, se alejaban. Si no fuera porque daban demasiado miedo, hubiera pensado que estaban jugando. Aquella visión, que me produjo horror, me hizo sentir algo parecido a un dolor aquí —la mujer se aprieta

con el puño cerrado el centro del pecho—, una angustia horrible porque aquellas cosas estuvieran haciendo el mismo viaje que yo, ¿lo comprende? Aquellas pequeñas manchas podridas, que sólo podían ser demonios expulsados del paraíso, estaban a punto de entrar en el mundo de los vivos. Como hice yo. Se dirigían hacia nuestro mundo.

El hombre de gafas ha dejado de tomar notas y la contempla fijamente.

—Lo siguiente que sé es que despierto en la habitación. El equipo médico había logrado reanimarme y, al hacerlo, me arrancaron del paraíso y me trajeron de vuelta a la vida. Salí del coma y me trasladaron a planta. Al principio, cuando salí del hospital, busqué más gente que hubiera tenido una ECM como yo. Sí, he hablado con otros. Todas nuestras historias se parecen, excepto que yo soy la única que vio aquellas manchas monstruosas. Y es aquí, en este punto preciso, cuando todos los demás se callan, porque nadie sabe de qué estoy hablando. Así que no tengo forma de saber qué pudo ser aquello. Mire, yo soy católica, así que sólo hay una forma de comprenderlo: eran demonios. Pero... —la mujer vuelve a hacer otra pausa, esta vez visiblemente nerviosa y alterada—, lo cierto es que pensar que aquellas aberraciones de Dios pueden entrar y salir de nuestro mundo... no me gusta. Nada.

La mujer reprime un escalofrío y vuelve a abrigarse con su bata. Al hacerlo, deja al descubierto una de las muñecas de su brazo, vendada. El hombre de gafas descubre la venda y luego la mira a ella.

—Sí —dice ella, que ha seguido la trayectoria de los ojos del hombre de gafas—. A veces me cuesta dema-